

Cambiar el derecho a decidir sobre la producción

Carlsson, Ingvar

Ingvar Carlsson: Presidente del Partido Socialdemócrata Sueco (SAP). Primer ministro de Suecia.rensa.

Cuando hace doscientos años, en cierta capital europea se tomó la Bastilla, la Revolución Francesa se hizo realidad. Durante los dos últimos siglos, la Declaración de los Derechos Humanos, y los principios de libertad, igualdad y fraternidad, han influenciado la vida política de todos los continentes.

Siempre en París, hace cien años, se fundó la Segunda Internacional Socialista. Las personas que se reunieron en la capital francesa en 1889 estaban profundamente influenciadas por las ideas de 1789. También la estaban quienes se reunieron aquí, en Estocolmo, en abril de 1889, a sólo doscientos metros de este lugar, donde se celebra el Congreso de la I.S., para crear el Partido Socialdemócrata Sueco, con el fin de exigir libertad, justicia y solidaridad.

Los socialistas democráticos han trabajado conjuntamente durante cien años en la defensa de estos valores comunes. Y no es injusto afirmar que nuestros partidos representan la fuerza política más vital del mundo.

Esto ha sido el resultado del perseverante trabajo efectuado en nuestros partidos y en la Internacional. Pero se debe, sobre todo, al peso de nuestras ideas. Estas ideas han encarnado las esperanzas y los deseos de los ciudadanos de nuestros países. Han inspirado y fomentado la reforma pacífica de sistemas anticuados. Y nuestras ideas han sido puestas a prueba con éxito en elecciones libres y democráticas.

Nos hemos reunido para celebrar un siglo de esfuerzos y realizaciones comunes. Sabemos que si este movimiento no existiera viviríamos en un mundo menos seguro y más injusto. Pero por encima de todo, estamos aquí para discutir nuestras ideas y nuestros proyectos para el futuro.

Los partidos laboristas europeos fueron la base tradicional de la Internacional Socialista. Por ejemplo, el SPD alemán, que es el más antiguo de todos, siempre fue una fuente de inspiración para nosotros en Suecia. Pero actualmente nuestra Inter-

nacional Socialista es una organización mucho más importante que antes. En Estocolmo estamos reunidos los representantes de 69 partidos, en calidad de miembros o con carácter consultivo. Si añadimos los observadores y los invitados, hay más de un centenar de naciones representadas. Ustedes vienen de todas partes del mundo; del Norte y del Sur, de Europa y de las Américas, de África y de Asia.

Esta expansión demuestra que nuestras ideas son las ideas del futuro. Y en una gran medida, también es un tributo a los esfuerzos de Willy Brandt, en sus funciones de Presidente de la I.S., y al trabajo de Bernt Carlsson (q.e.p.d.) y Pentti Vänäänen, los dos hombres que colaboraron con él en calidad de secretarios generales.

Willy Brandt y sus colaboradores influyeron de manera mucho más decisiva de lo que se suele reconocer en la radical transformación de la Internacional Socialista, que dejó de ser una organización relativamente débil y se convirtió en una entidad política mundial, de fama universal. Realmente, se lo debemos agradecer.

La cooperación, una necesidad

La historia de nuestra organización está llena de ejemplos sobre un aspecto fundamental: la necesidad de cooperar en la solución de los problemas colectivos. Este ha sido un punto de partida muy natural para nosotros. En los primeros años de existencia del movimiento laborista, comprendimos que sólo aunando fuerzas se podían obtener resultados. Nuestros predecesores - tanto los líderes sindicales como los primeros organizadores del partido tropezaron con enormes resistencias. La única manera contundente de enfrentarlas consistió en hacerlo de concierto con los demás.

Los problemas con los que nos encontramos actualmente también exigen que trabajemos juntos - y no sólo en nuestros propios países. La cooperación más allá de las fronteras nacionales cada vez cobra mayor importancia. Puesto que las economías de nuestros países son cada vez más interdependientes, la única posibilidad que nos queda para alcanzar nuestros objetivos es la actuación conjunta. Nuestro desafío consiste en incrementar la cooperación entre nuestros partidos y también con nuestros amigos de las organizaciones sindicales.

Este es el caso de cuatro ámbitos políticos que nos preocupan de manera muy especial, y que son la lucha contra el desempleo, la búsqueda de la seguridad colectiva, el desarrollo de la justicia económica, la protección del medio ambiente.

Primero, el derecho al trabajo. Este es un derecho humano fundamental, que es preciso defender a todos los niveles, en beneficio tanto de los individuos como del conjunto de la sociedad.

El desempleo es un terrible desperdicio: no se puede dejar a la gente sin empleo, cuando en todos los países hay tantas y tan enormes necesidades insatisfechas. El desempleo es sinónimo de sufrimiento humano; es un mal social y económico, para las personas directamente implicadas y para sus familias. Y el desempleo es una amenaza para la democracia; si una sociedad no es capaz de ofrecer oportunidades de trabajo, tanto la sociedad como sus instituciones perderán el respeto de sus ciudadanos. La eliminación del desempleo en todos nuestros países debe ser el mayor objetivo del movimiento laborista internacional.

En este ámbito, podemos inspirarnos en el reciente informe de la Comisión Kreisky y en sus numerosas propuestas constructivas y detalladas. El pleno empleo no sólo crea bienestar, también constituye una manera de fomentar una mayor igualdad. El derecho al trabajo siempre ha sido, y siempre será el primer punto de partida de la política económica de nuestro movimiento.

Hoy en día, el desarme y la búsqueda de la seguridad colectiva deben constituir nuestra segunda tarea fundamental. Aunque hoy en día haya mejores perspectivas de desarme de las que ha habido, siguen pesando sobre nuestra existencia graves amenazas.

Ninguno de aquellos de nuestros predecesores que vivieron en la primera mitad del siglo podía haber imaginado lo que hoy vivimos. Por primera vez desde la creación del mundo, es capaz la raza humana de autoeliminarse, destruyendo su civilización y todo lo que la rodea, aniquilando el futuro.

Todos los ciudadanos del mundo tienen que enfrentar este reto. Cualesquiera que sean nuestras convicciones políticas, nos une la lucha por la supervivencia. Compartimos un interés común en salvar la civilización humana.

La era de las armas nucleares nos impone el deber de replantearnos viejos dogmas: la noción de disuasión mutua, de amenazar al enemigo con las armas más eficaces que se tengan, deja sencillamente de ser válida a partir del momento en que se cuenta con armas nucleares. Si se emplean, se pone en peligro la propia supervivencia.

Hasta las superpotencias parecen haberlo entendido así. Sus dirigentes han declarado que una guerra nuclear no puede ganarse ni puede siquiera tener lugar. Tales son los términos en que se expresó Olof Palme, hace siete años, en el informe de su Comisión sobre Desarme y Seguridad.

Ha llegado el momento de que las superpotencias le demuestren al mundo entero que han sacado las consecuencias de estas palabras. Deben seguir por la vía del desarme nuclear y cumplir con su promesa de firmar un tratado para eliminar la mitad de sus arsenales estratégicos nucleares sin más demora.

Que este sea el mensaje de nuestro Congreso de Estocolmo: no esperemos más. Exigimos que continúe el desarme nuclear ya.

Uno de nuestros motivos para insistir en que se adelante el desarme es que hay que transferir recursos de lo militar a lo civil. En un año, se dedican 800.000 millones de dólares a usos militares, cuando un adulto de cada tres es analfabeto y la cuarta parte de la humanidad sigue pasando hambre. Se ha avanzado mucho y de muchas maneras en el mundo desarrollado, pero aumenta sin cesar el número de pobres.

Justicia económica internacional

La tercera prioridad política es trabajar por una justicia económica internacional, para colmar la brecha entre países ricos y pobres.

Los países en desarrollo necesitan un financiamiento externo para progresar y, sin embargo, el flujo de recursos del Norte al Sur ha ido de hecho disminuyendo durante los años 80. Nos encontramos ahora, no sólo con una crisis de la deuda, sino también con una crisis de desarrollo.

No son éstos problemas exclusivos de los países en desarrollo, o de los deudores; son problemas de todos los países, de todo el mundo.

En el caso de las naciones latinoamericanas, la situación es dramática. La crisis de la deuda las ha convertido en exportadoras netas de capital. En los últimos cinco años, han salido de ese continente 120 mil millones de dólares - más del doble del montante del Plan Marshall.

Los problemas están estrechamente imbricados entre sí - y también lo están las soluciones. Nadie lo ha expuesto de manera más clara que nuestro presidente, Willy Brandt, y su Comisión para el Desarrollo y la Cooperación Internacional.

La Comisión Brandt nos ha enseñado hasta qué punto el desarrollo de un país depende del de los demás. El responder a las inmensas necesidades del mundo en desarrollo, así como sacar partido de sus posibilidades, es absolutamente esencial para garantizar un desarrollo duradero de todas las naciones. Esto hay que tenerlo muy presente cuando trabajemos para restaurar un crecimiento estable de la economía y el comercio mundiales y salir de la persistente crisis de la deuda.

Los países ricos deben contribuir. Menos proteccionismo, mayor ayuda para promover el desarrollo y medidas precisas para aliviar el peso de la deuda, son sólo algunos ejemplos de lo que se necesita. Todo esto requiere decisiones políticas audaces, como lo demostró el Comité Michael Manley sobre economía política. El Norte y el Sur comparten la responsabilidad de la crisis de la deuda. Estoy seguro de que los socialistas democráticos estamos dispuestos a aportar nuestra ayuda.

La cuarta prioridad es salvaguardar la base misma de nuestra existencia aquí en la Tierra: nuestro medio ambiente común. Se ha ilustrado dramáticamente la urgencia de esta tarea. Hace poco, la mayoría de las personas ni siquiera sabía lo que era la capa de ozono. Tampoco sabíamos que nuestra manera de vivir puede perjudicar esta capa de manera que pondría en peligro nuestra propia existencia. Son pocas las personas que están conscientes de los peligros que implica la destrucción de las selvas tropicales con precisión y eficacia industrial, como se hace actualmente.

Ha sonado la sirena de alarma. Este tema de la supervivencia es una de las principales preocupaciones políticas de muchos países. El informe del Comité sobre el medio ambiente ocupará gran parte de este Congreso¹.

El cambio necesario para salvar al mundo de la crisis ambiental es una tarea titánica y urgente. Se podría comparar con la lucha del movimiento obrero contra la pobreza, la miseria social y el desempleo. Es un reto comparable con los esfuerzos desplegados para liberar al mundo de la opresión colonial.

La manera de hacer frente a este problema es mediante una política movida por la solidaridad entre nuestros países y más allá de las fronteras nacionales. Ninguna nación puede resolver sus problemas ambientales por sí misma. La catástrofe de

¹Será publicado en el N° 104 de NUEVA SOCIEDAD. (N. de la R.).

Chernobil, la lluvia ácida en gran parte de Europa, la proliferación de las algas en los mares y la desertificación en Africa prueban que la destrucción del ambiente no conoce fronteras. Nuestra compañera Bro Harlem Brundtland lo ilustró claramente en el informe de su Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente. Dicho informe demostró la absoluta necesidad de un desarrollo que pueda mantenerse. Si no logramos detener la crisis ambiental, no sólo destruiremos las condiciones de desarrollo económico, sino también nuestro futuro.

Es posible salvar ese futuro común. Tenemos las ideas y el sueño de un medio ambiente sano para las generaciones futuras. Tenemos además el conocimiento y el valor para lograr la realización de ese sueño.

Es el momento de actuar

Los cuatro temas que he discutido son asuntos políticos en los que los socialistas democráticos tenemos mucho que ofrecer, mediante la explicación de nuestras ideas y la demostración de nuestras experiencias prácticas.

Actualmente, el período en el que vivimos puede ser el momento en que nuestras alternativas sean todavía más atractivas para los demás. Tenemos un clima internacional más favorable - a pesar de la bochornosa violencia de los actuales dirigentes de China. Ha habido un cambio en el mundo, durante los dos últimos años. En algunos conflictos regionales, el cese de fuego y el diálogo han reemplazado la guerra y la confrontación. Las Naciones Unidas se han convertido en un verdadero centro de política mundial. Las superpotencias han firmado un importante tratado de desarme y están negociando otros. Los investigadores informan que los gastos militares mundiales están disminuyendo y que el número de guerras se ha reducido.

En América Latina y en Europa del Este, y también en otras partes del mundo, los gobiernos dictatoriales fuertes evolucionan progresivamente hacia ideas y perspectivas más democráticas. En la Unión Soviética, se ha iniciado un extraordinario proceso de reforma, bajo el liderato audaz del presidente Gorbachov. Esto es de gran importancia para nosotros ahora. Internacionalmente, estamos en medio de un período de grandes cambios. El capitalismo y el comunismo confrontan ambos ciertos problemas ideológicos. Nunca antes se había presentado tan buena oportunidad para lograr una apertura. Nuestro pensamiento y nuestras ideas atraen actualmente en países que solían ser más o menos hostiles al tipo de política de reforma que nosotros representamos. Esto prueba una vez más que nuestras ideas son

las ideas del futuro, pero también nos obliga a ser precisos y concretos cuando afirmamos nuestras posiciones.

Para nosotros es un principio fundamental el que los derechos democráticos y los derechos de ejercer influencia deben cubrir todos los aspectos de la vida social y económica. Un importante rasgo de ello es el siguiente: si se quiere una sociedad completamente democrática, el sistema de producción no puede sustraerse de las reglas democráticas.

De acuerdo al pensamiento socialista original, un cambio de este sistema implicaba otro cambio en la propiedad formal. Los propietarios privados debían ser reemplazados por entidades públicas o colectivas: o el Estado, o las propias organizaciones de los trabajadores.

En esa época esto era muy natural. El poder político estaba entonces reservado para los que tenían capital o poseían tierras. Y los que tenían facilidades de producción tenían un poder casi sin límites para decidir cómo usarlas - sin tener en cuenta las consecuencias para las demás personas o para la sociedad en general.

Ciudadanía y Propiedad

Pero luego las condiciones cambiaron con la generalización del derecho al voto y con la aparición de la democracia política. El poder político empezó a vincularse a la ciudadanía, no a la propiedad. Por lo tanto, el poder político podía ejercerse tomando en consideración los intereses de la mayoría del pueblo. Los cambios de la sociedad exigidos por el pueblo podían entonces realizarse mediante el proceso democrático.

También ocurrieron otros cambios. En el mundo del trabajo, los sindicatos comenzaron a imponerse y pudieron defender los intereses de los asalariados contra los intereses de los capitalistas. Los consumidores también fortalecieron sus posiciones contra los productores, de variadas maneras.

Todo esto contribuyó a cambiar los centros de decisiones relativos a la organización de la sociedad - de los propietarios de capital privado, a los ciudadanos y asalariados, y a los consumidores. La propiedad privada sigue existiendo, pero las leyes de producción han cambiado.

Durante este mismo período, en otras partes del mundo, la propiedad privada de los medios de producción fue transferida al Estado, pero esto no quiso decir que los ciudadanos, los trabajadores o los consumidores en esos países tuvieran más poder. Lo que se observó, por ejemplo, en Europa del Este, fue que un cambio en la propiedad formal no garantizaba de manera alguna la realización de los objetivos socialistas, como la libertad, la igualdad y la solidaridad.

En el sistema comunista, al igual que en el del capitalismo puro, la gente está subordinada a los grupos que ejercen el poder, sin poder influenciarlos. Dichos grupos explotan a las personas para lograr objetivos que las personas mismas no han establecido. Esto empieza a quedar claro también, me parece, para muchos líderes de Europa del Este, pero obviamente no para todos.

A la inversa del comunismo y del capitalismo, el socialismo democrático representa otra solución. Queremos cambiar el derecho de tomar decisiones referentes a la producción. Queremos cambiar el derecho de determinar la distribución de lo que se produce. Y queremos ejercer estos derechos de muchas maneras.

La opción socialista

Transferir el poder de decidir - y no necesariamente la propiedad - es una manera más eficaz de lograr una participación popular en el proceso de producción.

Esto no quiere decir que con ello se resuelvan todos los problemas y que desaparezcan todos los obstáculos. Crear un sistema económico que funcione en total armonía, sencillamente no es posible. Hay muchas fuerzas que influyen simultáneamente y debe ser así para que el sistema conserve sus aspectos dinámicos.

Pero lo verdaderamente importante es que este sistema se guíe por el interés público y por las necesidades y aspiraciones del pueblo.

Queremos que los derechos de los ciudadanos predominen sobre el derecho de propiedad, al igual que los derechos de los trabajadores sobre el derecho del capital, y los derechos de los consumidores sobre los derechos de los fabricantes.

Este es un aspecto del socialismo democrático - reemplazar la antigua estructura del poder económico, donde sólo algunos individuos deciden; y crear un nuevo orden, en el que todos puedan tomar las decisiones referentes a la producción y a la distribución. Si esto se logra, el movimiento obrero podrá afirmar orgullosamente

que continúa su política de reformas. Dicha política comenzó con la democracia política y continuó con la lucha por la justicia social. Ahora está cada vez más orientada hacia la democracia económica.

Sólo en democracia

Sólo en una sociedad democrática se pueden realizar plenamente las ideas de libertad, igualdad y solidaridad. Sólo en una sociedad democrática el ciudadano es libre para decidir su propio futuro, para desarrollarse como individuo libre, y para buscar las soluciones de los problemas comunes sobre una base de igualdad con los demás ciudadanos.

La gente no tiene la libertad de decidir su propio destino si aspectos tan importantes de la vida diaria como el entorno de trabajo y la manera en que el mismo se organiza dependen de las decisiones de otros y están fuera de su control. Las personas no tienen igualdad de oportunidades para desarrollarse como individuos si, en su trabajo, se les requiere solamente obedecer las órdenes de los demás, sin ninguna posibilidad de influir en su propio trabajo o en su contenido.

No se puede trabajar juntos, solidariamente, para resolver los problemas que afectan a todos, si las leyes de la vida económica obligan a competir entre sí para preservar el bienestar propio.

Si la democracia debe realizarse en la sociedad, debe realizarse en todas las partes de la sociedad. Esto es un desafío ideológico - para los demás y para nosotros mismos. Si lo deseamos podemos ayudar a influenciar las reformas políticas también en otros países, donde no habíamos tenido ninguna representación anteriormente.